Mi Fascinación con la Pregunta

Onix Morales Macías

Esta reflexión es un intento por rastrear de dónde proviene mi fascinación por las preguntas—no como técnica, sino como una forma de habitar el lenguaje, la memoria y el encuentro con otres. Escrita a partir de mi experiencia en el Aprendizaje en Prácticas Narrativas Contemporáneas, sigue el modo en que las preguntas comenzaron a revelarse para mí como territorios vivos, actos éticos y compañeras que moldean lo que llega a ser posible en nuestras vidas y relaciones. Lo que sigue no es un argumento, sino una ofrenda: una invitación a demorarse en la pregunta como una forma de cuidado.

Mi papá dejaba notitas dentro de los libros.
Subrayaba frases como si en ellas hubiera un latido secreto.
A veces nos las leía a mi hermano y a mí.
Yo tenía seis-siete años, no entendía bien las palabras,
pero podía sentir cómo él masticaba un párrafo por horas,
o por días, abriéndole grietas, respiraderos,
como si buscara otro mundo detrás de cada frase.

Cuando empecé a leer literatura, sin darme cuenta, lo imité.
Quise engrandecer ese gesto suyo:
escribía en una pared las frases que me conmovían,
como si la casa misma necesitara leerlas conmigo,
o tal vez los otros que llegaban a la casa podrían leerlas como pequeños obsequios.

Me refugiaba en el baño a releerlas,
buscando descifrar qué había detrás,
qué hendidura dejaba cada palabra en lo que estaba viviendo.

Años después, cuando conocí las prácticas narrativas,
entendí por qué hacía eso: las historias son puertas,
detrás de cada puerta viven otras historias,
que mi yo es un archipiélago de yoes, una cebolla ancestral, un árbol lleno de injertos.

¿A dónde te puede transportar un significado?
¿Las palabras son tan poderosas como para juguetear con nuestras “realidades”?

Wittgenstein escribió:
“Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo.”

Cuando aprendí los mapas narrativos, entré en ciertas confusiones.
¿Había que memorizar preguntas?
¿Conjugarlas, recitarlas como fórmulas?
“Solo práctica”, me decían.
“Practica hasta que te atraviesen.”

Años después comprendí que no eran preguntas estrechas en sí,
sino territorios desde donde se sostuvieron las prácticas narrativas.

En 2023 al estudiar con David Epston, Tom Carlson y Kay Ingamells entraron nuevos paradigmas, las transcripciones de consultantes se llenaron de disparos quirúrgicos: cada pregunta era intervenida hasta revelar sus bordes, me preguntaba:
¿Qué quiere una pregunta?
¿Qué hace?
¿A dónde lleva?
¿Qué limita?
¿Qué potencia?
¿Qué éticas cuida?

Desde entonces, las preguntas me persiguen sin compasión, no con suavidad, sino como animales inquietos, cada pregunta puede abrir, entre abrir, o cerrar mundos, elegir cuidadosamente la trama de las preguntas puede llevar a los protagonistas a los antagonistas a los personajes colectivos, a los personajes redondos y los personajes arquétipicos a desarrollar sus nuevas o re-elegidas tramas.

Estar en el agua dulce-salada de las preguntas me ha suspendido en tantas narraciones posibles que podamos crear…
(suspiro)

> Hay preguntas que llegan como ríos, otras como mareas. Algunas traen memoria mineral, otras una humedad recién nacida.
>
> Algunas preguntas se arman a sí mismas, requieren corazón y un poco de aceite para bombear los vasos sanguíneos de nuestros “entres”.
>
> Otras preguntas tienen la respuesta en la punta de la nariz, otras hay que perseguirlas con la punta de los dedos de nuestros pies y esperar ese ALGO.
>
> Hay preguntas que no sólo se enuncian, toman una correa y acompañan los temblores del día a día.
>
> Hay preguntas que no buscan una respuesta inmediata, abren narraciones, atraviesan significados, como si cada una contuviera sus mundos internos, sus climas, sus vegetaciones.
>
> Otras se deslizan sin desgarrar.
>
> Otras nacen apenas como un murmullo, donde hay que aprender a escucharlas con las rodillas, con la espalda, con la parte del cuerpo sedienta.
>
> Hay preguntas sin destino, buscando señal por doquier.
>
> Hay preguntas que se quedan tan cerca de la traquea que basta un

soplido de atención para que se confundan con nuestra respiración.

Hay preguntas que te persiguen como Pac-Man(s) inquietas para ver a dónde las llevarás.

Hay otras que nos devuelven a nosotros mismos más abiertos, más múltiples, más en movimiento.

Hay preguntas que se hospedan en nuestras habitaciones por tiempos indefinidos hasta que las vivencias pasadas, presentes o futuras las alcanzan para vivirlas.

Hay preguntas que necesitan suficiente vida para ser sentidas antes de decirse.

Están esas otras, mis favoritas: las que huyen de cualquier respuesta fija, dada,

esas que solo quieren vivir entre las ramas de nuestras contradicciones.

Hay otras también favoritas para mí, esas que contienen un aliento materno-ontológico, un pulso originario que no fue borrado del todo y que aún busca abrir espacio entre pieles cuidadosas.

Hay preguntas nómadas que no se aferran, que se desplazan guardando huellas en cada encuentro.

Hay preguntas que se quedan tan cerquitas que uno podría rozarlas con el hombro; son como animales pequeños que buscan calor.

Hay otras que sólo se dejan alcanzar si les seguimos el rastro con el mínimo olfato-movimiento, casi como un tanteo, ahí algo se desacomoda: nos desterritorializan, nos arrancan de memoras fijas que creíamos ser o quizá nos reterritorializan en un nuevo lugar, un suelo inesperado donde algo vuelve a hacerse raíz.

Están estas otras que jalan mi mirada Esquizocolectiva huyen de respuestas deductivas, hacen invitaciones “entre-mundos”, a las

> zonas donde ninguna identidad está cerrada ni garantizada, porque todo está en convivencia, en traducción, en mestizaje de sentidos.

Las preguntas quizá como actos imaginativos, actos de resistencia, defensas a nuestros dolores, a nuestras violencias estructurales, a los órdenes obligatorios, a las linealidades que exigen las obediencias.

Las preguntas no son un trayecto, son territorios y desterritorios en movimiento, elección e influencia de libertades, formas de vida.

Las preguntas desde nuestros Sures son las que se mueven en nuestros mercados, en nuestras marchas, las manos que reparten tamales calientes en la esquina y sostienen el día, son también las que se deslizan entre los puestos de fruta, las que huelen a mango maduro y tierra mojada, las que saben que el pensamiento nace igual que el pan: amasado con tiempo, con trabajo, y comunidad.

Estas preguntas que desavergüenzan los acentos y nuestros mestizajes.

Las preguntas son…
los minerales que palpitan en nuestros subsuelos, guardando en silencio las memorias ancestrales de lo que fuimos antes de tener nombre, porque las preguntas cuidan.